

LA FUGA

UNA AVENTURA EN LA VIEJA CASTILLA 1838 – 1844

(National Library of Australia)

La ciudad de Miranda de Ebro es, en tiempo de paz, solamente destacable como uno de los principales puntos de paso para mercancías entre el País Vasco y la vieja Castilla. Durante la guerra su importancia se incremento por el constante paso de tropas, y por una fuerte constante guarnición. El sentimiento de seguridad inspirado por la presencia de lo anterior y por la proximidad de varios fortificados y bien guarnecidos lugares, convertía a Miranda en la residencia de muchas familias las cuales de otro modo no se hubieran considerado seguras lejos de ciudades o villas donde habitar normalmente; también algunas veces la necesidad de una especie de depósito donde los oficiales cuyas heridas enfermedades u otras causas les tenían temporalmente sin actividad, o los cuales estaban esperando destinos para escoltar junto con sus regimientos alguna parte distante del país. No es de extrañar que el aburrimiento fuese un frecuente invitado para las señoras expulsadas de sus hogares, y de los oficiales, los cuales por esta razón, encontraban sus vidas interrumpidas; y muchos eran base de flirteos e intrigas, las cuales tenían su origen en el deseo el quitarse el aburrimiento de una vida sin ocupación en una monótona ciudad.

De las más o menos picantes historias relatadas por el cotilleo diario, ninguna excitaba más interés en ese momento que el incidente el cual forma el origen de la siguiente narrativa.

Era una bochornosa y sofocante tarde de junio del año 1838, las persianas del salón en una de esas grandes y hermosas casas que forman la plaza del Ayuntamiento de Miranda estaba fuertemente cerradas, así como para evitar, tanto como era posible el calor del sol. El apartamento estaba amueblado de una forma adecuada para un clima cálido, pero que, quizás, habría parecido pequeño e insignificante para un salón Inglés o Francés, profuso de medianos cojines rellenos y seda o terciopelo otomano de su sofá corrido. Algunas sillas de bambú, con cubiertas otomanas.

Sin embargo, el armazón de algunas de las sillas, estaba formado por costosas maderas extranjeras; incluido su asiento; dos mesas de mármol, una de las cuales soportaba una gran vaso de plata de antiguas formas y bellamente elaborado, contenía elegidas flores; finalmente una gran alargada jaula con un ave de las indias occidentales de espléndido plumaje, componían el mobiliario de la habitación, de la cual la planta noble estaba lijada y pulida tanto como para ofrecer un resbaladizo suelo. Tres o cuatro buenas pinturas de Velázquez o Murillo, las cuales habían escapado a la calculada rapacidad de los generales Franceses y de los no menos formidables saqueos y estragos de la guerra civil, colgados de los muros.

Sentada al lado de una de las mesas, sus rasgos parcialmente ocultos por su pequeña mano blanca, sobre la que apoyada su cabeza, asomaba su oscuro pelo si cabe de un tinte más oscuro, contrastando con la brillante escarlata de algunas de las granadas en flor, las cuales colgando de sus vasos se mezclaba todo ello en un brillante reposo, había una joven de gran belleza, cuya expresión estaba oscurecida por una profunda melancolía. Sus ojos estaban abatidos; que a pesar de sus esfuerzos de autocontrol, una lágrima de vez en cuando salía de sus pestañas.

De pies, con los brazos cruzados al lado de la chica, había una persona la cual agitaba su semblante frunciendo el ceño, mostrando que compartía gran parte se sus penas. Él era un hombre joven de unos veinticinco años, quien no necesitaba mostrar su uniforme para conocer de su aspecto su profesión, su quemada piel, los aires militares y su probado porte le mostraban como un soldado. Sin embargo el uniforme del hombre no era del tipo español. El rubio pelo y bigote, frente alta y limpios ojos verdes, indicaban un norteamericano, probablemente original de Alemania; mientras su camiseta azul oscura, con escarlatas bordadas y un pequeña capa roja apoyada en una silla, formaban el vestuario del galante cuerpo del hombre, y que después de prestarse en grado menor a los sucesos franceses en África, retorno a España con lisiados y mutilados.

.....